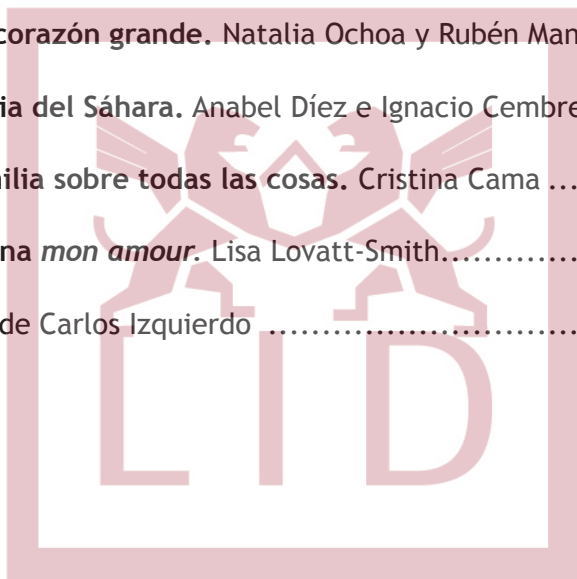


Índice

Prólogo de Anne Igartiburu	9
Introducción	15
Agradecimientos	19
01 El comienzo de todo. Blanca Rudilla	21
02 El héroe del basurero. Ana Beasoain	33
03 Sobre todo mucho amor. Ángel Expósito.....	41
04 Siempre juntos. Miriam Valle	47
05 Una familia de colores. Susana Morales.....	57
06 Una historia de superación. Margarita Carrillo	65
07 Lucha y esperanza. Enrique Aliseda	71
08 Todo por él. Carmen y el padre Ángel	77
09 La mejor decisión. Pilar Cernuda	83
10 Una historia con carácter. Vidina Santana.....	89
11 Tiempo de espera. Jordi Sevilla	95
12 Siempre a su lado. María Marvizón.....	105

13	Más que una historia. Pilar Rahola.....	111
14	Historia de una pasión. Mar Sánchez	119
15	Ni un momento de felicidad. Eduardo Oliva	127
16	Hijos incomprensidos. Susana Ramos	135
17	Una adopción con boda. Juana Mary	143
18	No sólo amor. Montse Roca	149
19	Un corazón grande. Natalia Ochoa y Rubén Manso	159
20	Nadia del Sáhara. Anabel Díez e Ignacio Cembrero....	165
21	Familia sobre todas las cosas. Cristina Cama	173
22	Ghana <i>mon amour</i> . Lisa Lovatt-Smith.....	185
	Epílogo de Carlos Izquierdo	197



Prólogo

Una senda de amor única

El camino que inicias al decidir adoptar un niño es una de las aventuras más desconcertantes y, a la vez, gratificantes que vas a vivir, si no la más. Dice mucho de ti, y de tu manera de concebir la vida y la familia. Cada paso que des y cada emoción que sientas no estarán exentos de dudas y temores que pondrán a prueba tu tesón y valentía emocional.

Así que comienzo dándote la bienvenida a este camino en el que aprenderás mucho de ti mismo. Verás que hay momentos en los que te preguntarás porqué te has animado a ser padre-madre adoptante. Pero hay algo que te empuja, que te lleva a seguir adelante por esa senda incierta y llena de obstáculos. Si eres padre-madre monoparental, ármate de paciencia, no todos los países confiarán en tu capacidad de sacar adelante a tu pequeño y, por ello, se te cerrarán muchas puertas. Si, además, eres mayor de 35 años, cuenta con que tus opciones de cumplir tu sueño aminorarán. Y si para terminar eres mujer, prepárate para ser cuestionada como cabeza de familia en muchos sentidos. No te des por aludida con rencor: este camino también te enseña que el juicio y los prejuicios no llevan a nada.

Pero ahí estás, en el camino, empujado por una fuerza convincente y de la mano casi seguro de una ECAI en la que confías, que te orienta y apoya. Enhorabuena. Has dado uno de los pasos más importantes: darte cuenta de lo mucho que deseas ser padre-madre. A partir de ahora nada te detendrá. Nada. Soñarás con una carita, imaginarás un abrazo y planearás un viaje miles de veces. Te derrumbarás otras miles y habrá ocasiones en las que te desconcertarán las trabas que a ti te parezcan absurdas, pero seguirás con esa cabezonería que derrumba muros.

Si te das cuenta, es muy parecido a los intentos que muchas veces se hacen para tener un hijo biológico, por eso me atrevo a decirte que no hagas mucho caso a lo que te digan y que escuches a tu corazón, porque cada caso, cada proceso de adopción, igual que cada embarazo, es único y distinto a los demás. Por eso tu futuro pequeño será también especial e irrepetible en sí mismo.

Tú, si ya eres padreo madre, tienes un regalo que la vida te ha dado y, aunque te inquiete un poco la idea, eres ya el referente, el mejor regalo, el ídolo y el rey o reina de este cuento llamado vida para tu hijo o hija. Ese sol gigante que ilumina tu habitación desde la mañana y la estrella que guía tu camino y la sigues a ciegas, sin dudarlo y con esa inercia que te empuja llamada amor puro e incondicional.

Seguro que ya no recuerdas cómo era tu vida antes de tener a tu hijo en casa. Seguro que ya no sabes ni quién eres hasta que tu hija te abrazó por primera vez iniciando así una etapa llena de respuestas. Y es que estaban allí, esperándonos y estábamos allí buscando al niño al que pertenecíamos por esas circunstancias de la vida que se llama casualidad, y que sabemos que no es tan casual. Al igual que creo que todo lo que sucede conviene, también creo que debemos estar preparados para entenderlo y recibir lo que sucede con todos los sentidos a flor de piel. Si no, nos perderemos las grandes verdades que nos regala la vida a través de nuestros hijos y, cómo no, de todo lo que nos rodea.

Yo entendí, y sigo convencida, de que lo que me llega en la vida debo celebrarlo porque hay algo que aprender de todo ello.

La adopción te regala vivencias insustituibles, lecciones de vida que emocionan y que seguro te sacarán una sonrisa, además de alguna que otra lágrima. Yo he tenido unas cuantas que te hacen tocar tierra y despiertan en ti sensaciones que no sabías ni que existían. Verás los «sustos de amor», como decía Gabriel García Márquez, que te llevarás cuando menos te lo esperas. Algo ciertamente bello.

Fue una de mis hijas la que me dijo con sus palabras que fue ella la que me adoptó a mí y que estábamos buscándonos la una a la otra hasta que la vida nos unió. Claro, ¿cómo no me había dado cuenta de ello antes? ¡Y mira que le he repetido en innumerables ocasiones «hija, tú no eres hija de tripita, eres hija de corazón y te he buscado por todo el mundo hasta encontrar ese latido de más que me ha llevado a ti»! Nunca dejas de sorprenderte. Ellos saben y sienten las verdades que van más allá de la lógica a la que estamos acostumbrados y hablan con el solo propósito de sentirse uno en ti. Porque el ser humano necesita saberse deseado y querido desde los inicios. Y nosotros les debemos mostrar lo importantes que han sido en nuestro camino hasta llegar a ellos, lo deseados que son y lo mucho que hemos luchado para tenerlos.

Alguien me dijo una vez que la adopción era cuestión de una grapa, haciendo alusión al momento en el que el expediente del menor y el de la familia adoptante se unían para siempre con esa pequeña pieza de metal tan diminuta pero, a la vez, tan importante y definitiva en la vida de ambos. A partir de ahí esa ilusión se convierte en una imagen en forma de foto, datos y tantas otras cosas más. Y ya nada separará tu pensamiento del niño con el que llevabas soñando y comienza otra andadura —a veces casi tan o más larga que la precedente— llena de emociones indescriptibles para la mayoría de los padres y madres que han vivido esta experiencia. Cada proceso es un «dar a luz» distinto, con sus complicaciones y sus momentos de respiración contenida. Y cada familia atraviesa su camino de manera única, como único es su caso, y bien lo saben las personas implicadas en ello. Cada «latido» que se escucha en forma de papel o llamada de la ECAI es un pasito adelante no exento de preguntas y dudas sobre cómo será y si nos querrá tanto como nosotros le quisimos antes de que existiera siquiera. Un «dar a luz» en el que descubres que el primer abrazo es fundamental, pero que queda mucho por hacer y que este regalo que está a punto de entrar en tu vida llega por algo. Por eso, no es sólo una cuestión de grapa; es un acto de responsabilidad tan grande que es doble o, incluso, triple, si se me permite la expresión. Un proceso de adopción es un compromiso con uno mismo, con lo que nos rodea y con un ser que nos enseñará en el camino, pero sobre todo —no lo olvidemos— es un acto de

compromiso con aquella familia que no pudo crecer junto a ese niño o niña por las circunstancias que sean. Esto es importante tenerlo claro para un futuro. Y, por eso, la adopción nos enseña, más que nada en la vida, la grandeza del ser humano y lo mucho que pueden abarcar los afectos, hasta formar eso que tanto anhelamos, llamado familia. Y no me refiero a la mal llamada «caridad», desde su expresión más equívoca del concepto de generosidad de la familia adoptante, sino en la globalidad de un sentimiento que está lejos de una pertenencia de consanguinidad y cerca del deseo de pertenecer a un clan plagado de afectos. Cuando un país entrega a un niño en adopción, casi siempre siente que se aleja de un ser muy querido y un miembro de su familia; también, por qué no decirlo, de sus raíces, del entorno que lo vio nacer y del que debería verle crecer. Muchas veces, es el último recurso que le queda a ese país para que su vulnerable infancia no sufra. Y eso le apena y duele, por no decir que le avergüenza en la dignidad que nunca pierde. Es por ello que muchos países de origen exigen a los países adoptantes un seguimiento de ese menor, como compromiso de que es el país de acogida el que se responsabiliza de que «su niño» viva como le gustaría que viviera si las circunstancias no fueran adversas.

Volviendo a la grapa –unión, en este caso, infinita y eterna cual fecundación embrionaria en una probeta de laboratorio–, es al mismo tiempo frágil y vulnerable. Cualquiera de los dos extremos de ese enganche a la vida, a los documentos que une, puede flaquear y soltarse, desprenderse por uno de los lados y hacer que pierda consistencia. No la perdamos, debemos ser constantes y conscientes de lo que tenemos. Sobre todo cuando llegue el momento de la adolescencia. Es entonces cuando nos empezamos a hacer preguntas e intentamos atar los cabos de nuestra vida. Necesitamos cuantas más piezas del puzzle mejor, para encajar este mapa que dará sentido a nuestra razón de ser. No lo olvidemos, es entonces cuando los niños «vuelven a nacer» y cuando pueden recolocar datos y emociones para seguir adelante con certeza. Y ahí quería llegar cuando hablaba de la mal entendida idea de caridad que tienen algunas personas sobre la adopción. Me quema por dentro cada vez que alguien me dice

—o, incluso, osa decírselo a ellas— la suerte que tienen mis hijas por ser adoptadas. Este tipo de afirmaciones pueden llegar a descolocar a un niño adolescente en búsqueda del camino que debe seguir. Parece como si le dijésemos que debe sentir que está en deuda con sus padres y con la vida en general. ¿Os imagináis lo que esta sensación sería para cualquiera, sintiéndola cada día? Por eso insisto siempre en este aspecto y en recordar que todos nos adoptamos mutuamente y que nos necesitamos con independencia del lugar en el que hayamos nacido y las circunstancias que nos rodeen. Quisiera que avanzaras con esa actitud por esta misteriosa y palpitante senda llamada maternidad o paternidad. Enhorabuena, eres el espejo de tu hijo y el reflejo de una sociedad considerada, plural y emocional.



Anne Igartiburu
Comunicadora y madre

Introducción

Hace unos años, leí un libro que me sobrecogió: *Las hijas del Yang-tsê*, de la escritora china Xinran. Esta prestigiosa periodista cuenta con sobriedad, con un estilo desnudo, pero con una fuerza y una emoción intensísimas, por qué hay padres que abandonan a sus hijas en China. El relato es sobrecogedor.

Las razones que esgrimían los progenitores eran diversas: imposiciones familiares, personales, económicas o gubernamentales —la política del hijo único, que siempre ha favorecido al varón—. Su lectura me dio mucho que pensar. Me inquietaba saber si esas personas pensarían, algunas o muchas veces, sobre la suerte que habrían corrido sus hijas.

¿Cómo podríamos, los padres adoptivos, contarles qué ha pasado con las niñas, dónde viven y cómo se desarrolla su vida? Así surgió *Vidas unidas*, un modesto intento de contar a esos padres de China, España, Colombia, Rusia, Madagascar, Congo, El Salvador, o de donde quiera que sean, cómo llegaron los pequeños a nuestras vidas.

Cómo tuvimos embarazos burocráticos de varios o muchos años, cómo hubo que luchar por ellos con análisis económicos concienzudos, con exámenes psicológicos y de asistentes sociales que miraban con lupa todos nuestros movimientos. Y, además, cómo explicarles que saltamos de alegría cuando nuestras comunidades autónomas nos consideraron idóneos para adoptar.

También les explicaríamos todo lo que hemos aprendido de sus países —historia, gastronomía, costumbres, idiomas, curiosidades, etc.— y cuánto nos hemos sobrecogido ante una mala noticia por si perjudicaba nuestro proceso de adopción. Y, sobre todo, les contaríamos cuánto queremos a nuestros hijos, a esos

niños que vinieron, en su mayoría, «montados en una nube», en un extraño aparato volador que tanto ha hecho llorar a más de un pequeño.

Este libro también surge de la necesidad de explicar qué ocurre en la posadopción, ese largo camino tan desconocido, tan lleno de amor y preocupaciones. En el proceso de adopción ocurre igual que en la preparación al parto: hay mucha información, pero ¿qué ocurre después, cuando llegamos con el niño a casa? Posparto y posadopción adolecen, la mayoría de las veces, de falta de datos importantes.

La adopción casi nunca es un camino de rosas, aunque afortunadamente, al ser un embarazo por igual de la pareja —si se cuenta con ella—, las dificultades se entienden y se sobrellevan mejor.

Ser padres adoptivos supone familiarizarse con un rosario de especialistas: psicólogos, hematólogos, pediatras sociales, osteópatas, optometristas del desarrollo, logopedas, ortodontistas y un largo etcétera. Es cierto que también pueden necesitar de ellos los hijos biológicos, pero aún más los prohijados. Las carencias emocionales desde la cuna, más que las físicas, les suelen jugar malas pasadas a ellos y a nosotros, pero lo importante es que sientan que siempre estaremos a su lado. Y estaremos porque los queremos tanto que nos sobrecoge.

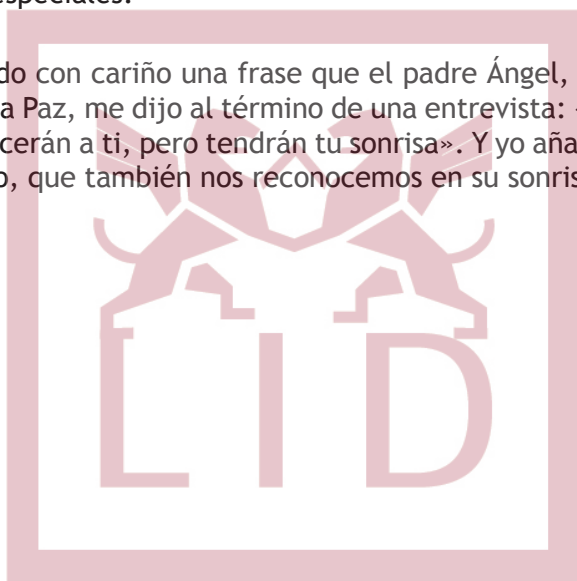
Los padres adoptivos forman una especie de club sentimental en el que se reconocen: en la calle, en un parque, en cualquier sitio que se crucen, esos progenitores se miran, se sonríen con complicidad y comparten los mismos sentimientos. Por experiencia, recomiendo que se fomenten los encuentros entre las familias que adoptaron en el mismo país y al mismo tiempo. Es fundamental que nuestros hijos se reconozcan y compartan vivencias con sus iguales y que celebremos su llegada a nuestras vidas.

En este libro, 22 historias de adopción de 22 familias nos acercan a su extraordinaria aventura, a su realidad sin paños calientes. Unas veces con alegría y otras con pena, con incertidumbres y

certezas. Aún sonrío al acordarme de la charla informativa a la que asistimos, por primera vez, en la Comunidad de Madrid.

Un experto de la Dirección del Menor y la Familia nos explicó que los niños adoptivos podían tener enfermedades, a veces graves, y carencias emocionales. Corrimos a un teléfono público asustados para consultar con la ECAI, la entidad colaboradora con la que queríamos adoptar. Ellos nos tranquilizaron argumentando que la mayoría de los problemas eran solucionables. Y me sonrío porque nuestra segunda adopción fue por Pasaje Verde, una modalidad que en China está formada por niños con necesidades especiales.

Recuerdo con cariño una frase que el padre Ángel, de Mensajeros de la Paz, me dijo al término de una entrevista: «tus hijos no se parecerán a ti, pero tendrán tu sonrisa». Y yo añadiría, con su permiso, que también nos reconocemos en su sonrisa.



Agradecimientos

A todos los padres que aparecen en este libro, por haberme dejado entrar en sus vidas.

A mi marido, José María, y a mis hijos, María, Vera Jin, Candela y Diego Xipeng.

Y también a mi editora, Nuria Coronado, por su apoyo y entusiasmo.

A Marisa González Casado, Anne Igartiburu, Cristina Cifuentes, Carlos Izquierdo, Alberto San Juan Llorente, Begoña Gómez de la Fuente, Ángel de Barutell, María Lillo, Blanca Rudilla y, a título póstumo, a Alberto Míguez.





01

EL COMIENZO DE TODO

Blanca Rudilla

LID

Blanca Rudilla es la madre de todas las adopciones internacionales en España. Fue la pionera y ha encontrado familia para 7.000 niñas y niños de diferentes países, sobre todo de China.

Todo empezó con un horror, el que mostraba *Las habitaciones de la muerte*, un reportaje que se emitió en Documentos TV en octubre de 1995. En él se podían ver, con toda crudeza, las míseras condiciones de vida de unas niñas en un orfanato chino: desnutrición, enfermedad, pequeñas atadas y tristeza, mucha tristeza. Algunos de los padres que han participado en este libro reconocen que ese terrible documental fue el punto de partida de su interés por adoptar una niña china.

Entre esas personas estuvo Antonio Asensio, un conocido empresario de medios de comunicación. En esos momentos, era presidente de Antena 3 Televisión. Él y su mujer, Chantal, estuvieron de acuerdo en prohijar en China y enviaron a su sobrina Blanca tramitar la adopción, a abrir camino. Ella trabajaba entonces en el gabinete jurídico del Grupo Zeta.

En esos momentos, hace 20 años, no existía protocolo de adopción con China y nadie en España conocía los trámites que había que seguir. Blanca fue a informarse al Instituto del Menor de la Comunidad de Madrid. Poco se podía hacer desde aquí y se marchó a Pekín. Fue una adopción a golpe de documento: «llamaba a Madrid, decía qué necesitaba y así hasta lograr completar los trámites».

Era diciembre de 1996 y, en enero del año siguiente, por fin llega la hora de recoger a su prima. Viajan a China Chantal, la madre de la niña, Jessica y Blanca. Jennifer, su prima, fue por tanto una de las primeras niñas de ese país que fue adoptada en España.

«Mi prima es de Anhui y, en aquellos años, los aviones chinos permitían que los pasajeros llevaran incluso jaulas con gallinas en los asientos». Blanca recuerda con cariño que las personas que le ayudaron con el papeleo, en esa ocasión, en China, son las mismas que trabajan hoy con ella en su ICAI.

Tía, hija y prima regresaron a Madrid. La niña tenía meses y estaba muy delgadita, sin tonicidad muscular, muy desnutrida, con diarrea y fiebre. Debido a la proyección mediática de sus tíos, mucha gente llamaba a Antena 3 para preguntar cómo había logrado Antonio Asensio adoptar en China y, claro, les remitían a Blanca. Tal era su saber hacer que le aconsejaron montar una entidad colaboradora de adopciones. Sin embargo, ella no tenía interés en esa aventura hasta que tuvo un aborto. Y le dio por pensar qué ocurriría si no podía tener hijos.

A raíz de ese percance, en febrero de 1997, constituyó la Asociación para el Cuidado de la Infancia (ACI). Además, nació su primer hijo y, meses después, fue con su marido Mario a China a por la acreditación que le autorizaba a mediar en las adopciones en ese país. Y desde entonces no ha parado. ACI está acreditada en China, Filipinas, Vietnam, etc.

También su familia iba creciendo: después de Rodrigo, vinieron Lucía y Diana, sus tres hijos biológicos, que ahora tienen 19, 17 y 15 años. Después llegaron Xiao, ahora con 12 años, y Blanca Jiao, cariñosamente llamada Yo Yó, de 5.

La adopción de Xiao, su primer hijo adoptivo, no fue algo repentino. Ella y su marido llevaban mucho tiempo con esa idea. Blanca aún guarda la imagen de los orfanatos que reunían en salas a 20 o 30 bebés de tres en tres o de cuatro en cuatro en las cunas porque no había suficientes. Había listas enormes de niños que esperaban padres. «Ahora son los padres los que esperan a los niños —dice Blanca—. Hay orfanatos en los que ya no quedan bebés y las cunas se apilan unas encima de las otras, algo impensable hace unos años».

A esta mujer inquieta y resuelta siempre le llamaron la atención las habitaciones en las que había pequeños a los que faltaban

algunos dedos o tenían otras pequeñas imperfecciones. No disponían de documentación porque se suponía que nadie los iba a querer. Blanca y su marido, Mario, querían adoptar a uno de esos niños con dificultades. Recuerda que ACI fue la primera en implantar el Pasaje Verde, la vía para buscar padres a niños con necesidades especiales, generalmente recuperables o mejorables.

ACI ha sido la agencia piloto europea para diferentes programas nuevos; por ejemplo, el implante del sistema de plataforma informática por el que se bloquean a los niños, es decir, se saca del programa a los pequeños a los que encuentran padres.

Xiao, su cuarto hijo, llegó con 14 meses, en una de las primeras entregas del Pasaje Verde. En este tipo de adopciones se analizan los informes médicos y se buscan unos padres: «cuando se encuentra la familia adecuada, se informa a la comunidad en la que vive la familia y luego se le comunica a China».

Fue toda la familia a buscarle: los padres y los tres hermanos. Blanca se pone radiante cuando habla de Xiao: «estaba estupendamente. Los tres últimos meses los pasó en una casa de acogida».

El niño es de Hunan, de Changsha. Esta madre sonríe al recordar que, la primera vez que lo cogió en brazos, el niño lloró y lloró y se hizo pis encima de ella. A pesar del primer encuentro con rabieta, su adaptación fue buena. Tener hermanos, jugar con ellos, le hizo avanzar más rápidamente en todo.

A los seis meses de vivir en España tuvo que someterse a una intervención médica: un autoimplante de un dedo de un pie en la mano izquierda para hacer pinza. «Fue muy duro, el niño sufrió mucho», recuerda su madre.

El origen de Xiao nunca se le ocultó. Además, la adopción está siempre presente en su casa por el trabajo de la madre. Sin embargo, ha habido algunos momentos de preguntas, de crisis: «cuando tenía 7 años, buscó un momento en que estaba sola para preguntarme cómo es que fuimos a China a comprarle».

Blanca le respondió que no lo compraron, sino que tuvieron que hacer unos exámenes todos, incluidos sus hermanos.

«Le conté que lo queríamos mucho y que no sabíamos nada sobre sus orígenes, sobre sus padres biológicos. Le expliqué que algunas veces hay papás que no pueden cuidar de sus hijos y los dejan en un lugar para que otras personas sean sus padres».

Después de esta charla, el niño iba contando a todo el mundo que era adoptado. Blanca recuerda que se partía de risa cuando le contó a la pollera de un mercado su historia: «creí que la mujer se iba a cortar con la explicación tan dicharachera del niño».

La relación con sus hermanos es buena, pero con la niña que le antecede, Diana, ha habido celos. De ella hacia él. Dice Blanca que Diana fue a China a por su hermano con corona de princesa. Alguna vez que los dos han discutido, ella ha soltado que «no quería que me trajeras “esto” —en referencia a Xiao—, quería una niña». Según su madre, es una bruja. En cierta ocasión, dijo que Blanca no era la madre de su hermano porque no lo había llevado en la barriga. Ella le respondió que una madre de verdad es la cuida y quiere a sus hijos y le preguntó si sus hermanos eran de verdad. «Claro que sí», respondió. Blanca le preguntó si quería a Xiao igual que a Rodrigo, su hermano mayor: «no, lo quiero más», dijo.

En otra ocasión, durante una pelea de Xiao con el mayor, el pequeño le dijo que ojalá no le hubieran adoptado. «Rodrigo me preguntó si era cierto y de qué país le habíamos traído». Blanca sonrió y le preguntó a Xiao quién le había dicho que Rodrigo era adoptado. Y le respondió que Diana, «ya ves, la bruja de la casa». Ella nació el 26 de diciembre y en casa siempre se dice que la trajo Papá Noel: «un día, muy ufana, le soltó a Xiao que los dos eran adoptados: “a ti te han traído de China y a mí Papá Noel”».

Es normal que, con el tiempo, los niños adoptados tengan dudas y otras veces usen esa lucha padre-hijo para sacar provecho a

una situación. Blanca pone un ejemplo de ese tira y afloja: «si le digo que recoja sus cosas, me ha llegado a contestar, alguna vez, que como no soy su madre —soy la otra— por eso le digo que ordene». Un día preguntó por qué le habían adoptado si ya tenían hijos y su madre le respondió que porque la familia estaba incompleta.

Blanca recuerda en especial la crisis que vivió el niño en el cole cuando tenía 9 años. Las preguntas de compañeros sobre su abandono, sus dedos, etc. Ella le contestó que explicara lo que quisiera, sólo lo que quisiera. A Blanca le dolía ver al niño triste o cuando le preguntaba que cuándo le iban a crecer los dedos: «yo no quería engañarle y le respondí que nunca».

«En una ocasión, fuimos a un ortopeda. Xiao tenía 8 años y el experto le preguntó si prefería una mano más bonita o más útil». Le explicó que con su mano era capaz de coger un clic o un vaso y, de la otra forma, no podría. El niño respondió que prefería que su mano continuara siendo práctica. Él ha resuelto las preguntas sobre su mano de esta forma: «me mordió un caimán».

Blanca sonríe y suspira después:

«En 2010 apareció Yo Yó. Era el momento en el que el Gobierno chino empezaba a fomentar los acuerdos de las agencias con los orfanatos directamente. Es el programa llamado One to One. La directora de ACI cuenta que ese año le propusieron colaborar con un orfanato de Chongqing, una ciudad de más de 30 millones de habitantes. Yo estaba en China así que me acerqué a esa población. Al día siguiente visité el orfanato, era junio. Vi a los niños y, entre ellos, a una bebé tumbada en un cojín, estaba morada y sufría una cardiopatía grave que no se podía operar. Era Yo Yó».

Este culo inquieto consiguió montar un viaje con expertos, en colaboración con el ayuntamiento de Madrid. La idea era evaluar a los niños de tres orfanatos para conseguir su adopción. En total eran 200 niños. Viajó un equipo de pediatras, psicólogos y enfermeras. Entre esos niños estaba Yo Yó, que necesitaba una operación urgente.

En 2011 regresó a China con su prima Ingrid (hija de Antonio Asensio) que iba a adoptar a su hija y comprobó que Yo Yó seguía morada. Envió 6.000 euros para que la operaran, pero nadie se responsabilizaba de la niña: «no tenía familia y era una cirugía de alto riesgo. El cirujano chino aconsejó que la dejaran vivir hasta que llegara su hora».

Blanca, como siempre, no se conformó y fue a visitar al doctor Luis Fernández Pineda, un fantástico cardiólogo del hospital Ramón y Cajal de Madrid. Confirmó lo que ya sabía, que era una operación de alto riesgo. La suerte fue que no había lista de espera y se podía operar a la niña en cuanto llegara a España.

Rápidamente, esta madre coraje movió papeles en China para traerse no sólo a Yo Yó, sino también a otra niña que también sufría una patología muy grave de corazón, Lian.

Fue una odisea que recuerda con cariño y pena. Blanca fue con María Lillo, su *alter ego* en ACI, a por las niñas:

«Para las pequeñas fue un shock salir del orfanato. Nunca habían hecho esfuerzos, no caminaban. Lo intentaban, pero se cansaban. Rondaban los 2 años y sólo bebían varios biberones de leche con una cucharada de arroz al día. Lian tenía mejor carácter, pero Yo Yó lloraba sin consuelo».

Cuenta Blanca que las dos niñas estaban moradas y que, en el aeropuerto y en el avión, las tapaban para que la gente no se asustara por el color. Sin embargo, una azafata les preguntó por la mala cara de las pequeñas y esta mujer de recursos le contestó que era porque estaban muy resfriadas. Las traían como niñas sin problemas. Si llegan a esperar los trámites especiales habrían muerto: «los deditos de las manos los tenían hinchados por la falta de riego sanguíneo».

En la primera revisión médica, el cirujano confirmó el mal estado de Lian. De haberlo sabido, habría desaconsejado su traslado a España. Yo Yó vivía en casa de su benefactora y seguía en su línea de llorar, horas y horas. Era su forma de llamar la atención: «la tenía en casa y mis hijos no daban crédito a tanta lágrima». La otra niña estaba con otra familia.

Comenzaron las pruebas. La primera un cateterismo. Lian lo soportó bien, pero Yo Yó tuvo una parada de corazón de cinco minutos. Estaba como autista cuando Blanca fue a verla a la UCI. Intervinieron primero a Lian; la operación salió bien, pero la niña murió horas después. Fue una cirugía extracorpórea y la pequeña tenía grandes deformaciones en su corazón.

Blanca recuerda las lágrimas por Lian y explica que, al ampliarle los conductos obstruidos, le llegaba al cuerpo más sangre de la que podía asimilar.

«La operación salió bien, pero su corazoncito se paró. Sabíamos que había un 40% de riesgo de muerte, pero si no lo intentábamos no cumpliría los 4 años. Se iba apagando como una velita. Yo no podía soportar el fracaso, el que, a pesar de tanto esfuerzo y dedicación de tantas personas, Lian hubiera fallecido y yo me sentía responsable, sí, responsable de haberle robado quizás un año de vida».

Se desprogramó la operación de Yo Yó:

«Ya he dicho que vivía con nosotros, pues bien yo no quería ni oír hablar de cirugía, pero un día la niña intentaba dar pasos y se llevaba una mano al corazón, dándose golpes. Comprendí que se ahogaba y que había que intentar operarla».

Nueva angustia, nuevo compás de espera. Y, afortunadamente, la operación salió bien:

«Sin embargo, cuando ya creíamos que podíamos respirar tranquilos, llamaron urgentemente al cirujano. Algo no iba bien. Ocurrió que la arteria pulmonar que estaba cerrada, al abrirse tras la cirugía, hacía salir la sangre a borbotones y su corazón y sus pulmones no aguantaban ese ritmo. Y, entonces, los médicos utilizan un ECMO, un sistema al que enchufan al enfermo y que ayuda a que pase la sangre por el corazón y los pulmones poco a poco».

Blanca recuerda que fue horrible ver a la pequeña rodeada de máquinas y drogada con tanta medicación:

«El pediatra de urgencias me decía que la niña estaba en un precipicio y yo le respondí que por favor le diera la mano y la salvara de ese precipicio. Yo firmaba todos los papeles que me daban para los tratamientos de la niña. Los médicos seguían el caso con interés porque no es fácil ver, en nuestro país, a un niño de 2 años con esta cardiopatía. Suelen hacerse las operaciones intrauterinas o al nacer».

Y, por fin, llegó el día en que la iban a desenganchar de la máquina que le salvó la vida y, también, de los medicamentos: «era horrible ver a mi pequeña con síndrome de abstinencia, temblando horrores al dejar las medicinas que le habían administrado durante un mes».

Yo Yó parecía autista. No reaccionaba ante nada ni nadie. Un mes después, la niña pasó a planta. Era agosto. Blanca estaba en Madrid sola con Yo Yó y el resto de su familia en la playa. Además de las preocupaciones por la que sería su hija, Blanca sufría también por su madre, enferma de cáncer. Cuando Yo Yó llevaba una semana en planta se le abrió la cicatriz de la operación.

«La cosieron, la volvieron a llevar a planta y a los diez días otra vez había cogido infección y, otra vez, había que coserle la cicatriz. La sedaron para que no se la tocara y mi corazón, otra vez en vilo. Y más. Cuando la desentubaron no podía respirar todavía, no se le había ido la anestesia. Hubo que meterle un tubo para quitarle líquido de los pulmones. Yo ya no podía más y no estaba dispuesta a que la niña volviera a infectarse de nuevo en planta. Rogué para que me la dejaran llevar a casa aunque tuviera que ir todos los días al hospital para las curas. Y así fue como conseguimos vencer a las adversidades médicas y comenzaron las adversidades alimenticias. Le daba una cucharita de puré y ella se la sacaba de la boca y así un buen rato, pero claro eso no era nada en comparación con el calvario que habíamos padecido».

Ahora, Yo Yó tiene una vida normal pese a su cardiopatía. Necesita otra operación pero no se sabe para cuándo. Dice Blanca

que los médicos le preguntan si se agota y ella les enseña vídeos de la niña saltando como una loca.

Una vez solucionados los problemas vitales había que pensar en el cole:

«No sabíamos cómo iba a responder la niña. Dos años mirando al techo y recostada en un cojín sin estímulos no eran un buen punto de partida. Empezó en el cole de sus hermanos, pero necesitaba otro más especializado. La matriculamos en uno de necesidades especiales ya que precisaba una terapia individual».

El segundo año estuvo en régimen combinado: dos días al especial y tres al ordinario y este año está con enseñanza normal con apoyo. Blanca es consciente del retraso que lleva su hija en el aprendizaje, pero tiene mucha memoria, «tiene madera». Otro avance importante es que, desde hace un año, habla. Y lo mejor es que es... ¡feliz! Es la alegría de la casa.

